

dado su última bendición y su último beso á la doncella pura y casta.

A las siete de la mañana el barón, en el colmo de la dicha, pues había hallado en su Valeria á la joven más inocente y al diablillo más consumado, volvió á su casa á devolver su libertad á los jóvenes Hulot.

Aquellos bailadores y bailadoras, extraños casi en la casa y que acaban por apoderarse del terreno en todas las bodas, se entregaban á esas interminables últimas contradanzas llamadas cotillones; los jugadores estaban aferrados á sus mesas y Crevel ganaba seis mil francos.

Los periódicos distribuidos por los repartidores, contenían la siguiente gaceta:

«Esta mañana se efectuó en Santo Tomás de Aquino el matrimonio del conde de Steinbock con la señorita doña Hortensia Hulot, hija del barón Hulot de Hervy, consejero de Estado y director del ministerio de la Guerra, y sobrina del ilustre conde de Forzheim. Esta solemnidad llevó allí á mucha gente, entre la cual se veía á nuestras celebridades artísticas: León de Lora, José Bridau, Stidmann, Bixiou; á las notabilidades de la administración de Guerra y del consejo de Estado, á varios miembros de ambas Cámaras, y á lo más distinguido de la emigración polaca, como los condes Paz, Laginski, etc.

«El señor conde Wenceslao Steinbock es sobrino segundo del célebre general de Carlos XII, rey de Suecia. El joven conde, que tomó parte en la insurrección, vino á buscar asilo á Francia, donde la justa celebridad de su talento le ha valido el adquirir carta de naturaleza.»

Ya se ve cómo, á pesar de la espantosa situación del barón Hulot de Hervy, no faltó nada de lo que exige la opinión pública, ni siquiera la celebridad dada por los periódicos al matrimonio de su hija, cuya celebración fué en un todo semejante á la del de Hulot hijo con la señorita Crevel. Esta fiesta atenuó los rumores que corrían acerca de la situación financiera del director, pues la dote de su hija explicó la necesidad en que se halló de tener que recurrir al crédito.

Aquí termina de cierto modo la introducción de esta historia. Este relato es en este drama que lo completa, lo que son las premisas en una oración, lo que es toda exposición en toda tragedia clásica.

CAPITULO XV

Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Marneffe

En París, cuando una mujer ha resuelto comerciar con su belleza, no siempre logra hacer fortuna. Hay en esta ciudad admirables criaturas, muy inteligentes, que están en una espantosa situación y acaban muy mal una vida comenzada con el tráfico de los placeres. He aquí por qué: dedicarse á la vergonzosa carrera de mujer libre con intención de obtener beneficios, conservando las apariencias de casada honesta, no basta. El vicio no obtiene fácilmente sus triunfos y en esto se semeja al genio, pues ambos exigen un concurso de circunstancias felices para operar el cúmulo de la fortuna y del talento. Suprimid las extrañas fases de la revolución y el emperador no existiría: sólo hubiera sido una segunda edición de Fabert. La belleza corriente sin aficionados, sin celebridad, sin la cruz de deshonra que le da la fama de fortunas disipadas, es un Corregio en un desván, es el genio expirando en su buhardilla. Una Laïs, en París, debe pues, ante todo, encontrar un hombre rico que se apasione por ella hasta el punto de pagarla por lo que vale. Ella, por su parte, tiene que conservar una gran elegancia que viene á ser su anuncio, tiene que tener porte que halague el amor propio de los hombres y poseer ese ingenio á lo Sofía Arnould, que despierte la apatía de los ricos, y debe, en fin, hacerse desear por los libertinos pareciendo ser fiel á uno solo, cuya dicha es entonces envidiada.

Estas condiciones, que esa clase de mujeres llaman *suerte*, se realizan difícilmente en París, á pesar de ser esta ciudad llena de millonarios, de desocupados y de gentes hastiadas. La Providencia ha protegido en esto, sin duda, á los matrimonios de empleados y á la pequeña burguesía, para quienes estos obstáculos están por lo menos duplicados á causa del medio en que realizan sus evoluciones. Sin embargo, hay en París bastantes señoras Marneffes, para que Valeria deba figurar como tipo en esta historia de costumbres. De estas mujeres, unas obedecen á la vez á pasiones verdaderas y á la necesidad, como la señora Colleville, que estuvo liada durante mucho tiempo con uno de los oradores más célebres del partido de la izquierda, con el banquero Keller; otras

lo hacen por vanidad, como la señora Baudraye, que siguió siendo honrada á pesar de su hufda con Lousteau; aquéllas son arrastradas por las exigencias del lujo, y estas otras por la imposibilidad de atender á los gastos de su hogar con sueldos demasiado exigüos. La parsimonia del Estado causa muchas desgracias y engendra muchas corrupciones. En este momento se habla mucho acerca de la situación de las clases obreras y se las considera explotadas por el fabricante, pero el Estado es cien veces más duro que el industrial más avaro: en materia de sueldos lleva la economía hasta un límite imposible. Trabajad mucho y la industria os paga á razón de vuestro trabajo, pero ¿que da el Estado á ese sinnúmero de oscuros y adictos trabajadores?

Desviarse del sendero del honor es en la mujer casada inexcusable crimen, pero hay en esta situación muchos grados. Algunas mujeres, lejos de ser depravadas, ocultan sus faltas y siguen siendo honradas en apariencia, como las dos cuyas aventuras acaban de ser relatadas, mientras que otras unen á su causa las ignominias de la especulación. La señora Marneffe es, pues, en cierto modo, el tipo de esas ambiciosas casadas que desde un principio aceptan la depravación con todas sus consecuencias y que están decididas á hacer fortuna, divirtiéndose sin tener en cuenta los medios; pero que tienen siempre á sus maridos por embaucadores y cómplices. Estos Maquiavelos con faldas son las mujeres más peligrosas, y de las malas especies parisienses, es la peor. Una verdadera libertina como las Josefas, las Schontz, las Málaga y las Jenny Cadine, etc., lleva en la franqueza de su situación una advertencia tan luminosa como la linterna roja de la prostitución ó como las lámparas del treinta y cuarenta, y entonces el hombre sabe que se expone á la ruina. Pero la almibarada honradez, las apariencias de virtud y los manejos hipócritas de una mujer casada que no deja nunca ver más que las necesidades vulgares de un hogar y que se niega aparentemente á las locuras, provoca silenciosas ruinas que son tanto más singulares cuanto que todo el mundo las excusa al no poder explicárselas. Es el innoble libro de gastos y no la gozosa fantasía lo que devora las fortunas. Un padre de familia se arruina sin gloria, y le falta en la miseria el gran consuelo de la vanidad satisfecha.

Esta retahíla va como una flecha al corazón de muchas

familias. En todas las esferas de la vida social se ven señoras Marneffes, hasta en las cortes, pues Valeria es una triste realidad en sus menores detalles. Desgraciadamente, este retrato no corregirá á nadie de la manía de enamorarse de ángeles de dulce sonrisa, de aire soñador y de cara cándida, pero cuyo corazón es un abismo.

Unos tres años después del matrimonio de Hortensia, en 1814, el barón Hulot de Ervy pasaba por haberse moderado, por haberse contenido, y, sin embargo, la señora Marneffe le costaba dos veces más que lo que le había costado Josefa. Pero Valeria, aunque iba siempre bien vestida, afectaba la sencillez de una mujer casada con un sujeto: guardaba el lujo para sus batas, para su casa, y así sacrificaba sus vanidades de parisiense en favor de su querido Héctor. Sin embargo, cuando iba al teatro se presentaba siempre con un bonito sombrero y un traje de gran elegancia, y el barón la acompañaba en coche para llevarla á algún palco escogido.

La habitación de la calle de Vanneau, que ocupaba todo el segundo piso de un palacio moderno situado entre patio y jardín, respiraba honradez. El lujo consistía en colgaduras de Persia y hermosos y cómodos muebles. Por excepción, el dormitorio ofrecía las profusiones hechas para las Jenny Cadine y las Schontz, tales como cortinas de encaje, cachemiras, colgaduras de brocado y una guarnición de chimenea cuyos modelos habían sido hechos por Stidmann. Hulot no había querido ver á su Valeria en un nido inferior en magnificencia al cenagal de oro y de perlas de una Josefa. Las dos piezas principales, el salón y el comedor, habían sido amueblados, la una con damasco rojo y la otra con encina esculpida. Pero llevado del deseo de ponerlo todo en armonía, al cabo de seis meses el barón había añadido el lujo sólido al lujo efímero, regalándole grandes muebles, como por ejemplo un servicio de plata cuya factura pasaba de veinticuatro mil francos.

La casa de la señora Marneffe adquirió en dos años reputación de ser muy agradable. Se jugaba en ella, y Valeria no tardó en adquirir fama de mujer amable y distinguida. Para justificar el cambio de su situación, corrió el rumor de un inmenso legado que su padre natural, el mariscal de Montcornet, le había transmitido mediante un fideicomiso. Movidá por su afán de medrar, Valeria había

añadido la hipocresía religiosa á la hipocresía social. Puntual á los oficios del domingo, presidió mesas petitorias, se hizo dama de la caridad é hizo algunas obras buenas en el barrio, todo á costa de Héctor. Todo en su casa era honrado, según las gentes que afirmaban la pureza de sus relaciones con el barón, objetando la edad del consejero de Estado, á quien atribuían un gusto platónico por la gentileza, los modales, el encanto y la conversación de la señora Marneffe.

El barón se retiraba á eso de las doce de la noche con todo el mundo, y volvía al cabo de un cuarto de hora. He aquí el secreto de este profundo secreto.

Los porteros de la casa eran los señores Olivier, los cuales, por recomendación del barón, que era amigo del propietario, habían pasado de su oscuro y poco lucrativo cuarto de la calle del Doyenné á la productiva y magnífica portería de la calle de Vanneau. Ahora bien, la señora Olivier, costurera de la casa de Carlos X, que había perdido su posición al caer la monarquía legítima, tenía tres hijos. El mayor, pasante de notario, era objeto de la adoración de los esposos Olivier. Este Benjamín, amenazado de ser soldado durante seis años, iba á ver interrumpida su brillante carrera, cuando la señora Marneffe le libró del servicio militar pretextando uno de esos vicios de conformación que los consejos de revisión saben descubrir cuando así se lo recomienda algún poder ministerial. Olivier, antiguo piquero de Carlos X, y su esposa, se hubieran dejado, pues, matar por el barón Hulot y la señora Marneffe.

¿Qué podía decir la gente, que conocía el antecedente del brasileño señor Montes de Montejanos? Nada. Por otra parte, la gente se muestra siempre indulgentísima con una dueña de un salón donde se pasa bien la noche. A todos sus atractivos, la señora Marneffe añadía la ventaja de ser un poder oculto. Claudio Vignon, que había pasado á ser secretario del mariscal príncipe de Wissembourg, y que soñaba con pertenecer al consejo de Estado en calidad de refrendario, era concurrente á aquel salón adonde acudían también algunos diputados que eran buenos muchachos y jugadores. La sociedad de la señora Marneffe se había formado con sabia lentitud, y las agregaciones sólo se admitían tratándose de gentes de opiniones y costumbres regulares interesadas en sostener y proclamar los méritos

infinitos de la dueña de la casa. Retened este axioma: el compadrazgo es en París la verdadera santa alianza. Los intereses acaban siempre por dividirse, y las gentes viciosas se entienden siempre.

Al tercer mes de su instalación en la calle Vanneau, la señora Marneffe recibía ya al señor Crevel, nombrado casi en seguida alcalde de su distrito y oficial de la Legión de honor. Crevel vaciló algún tiempo; se trataba de dejar aquel célebre uniforme de guardia nacional, con el que se pavoneaba en las Tullerías, creyéndose tan militar como el emperador, pero la ambición, aconsejada por la señora Marneffe, fué más fuerte que la vanidad. El señor alcalde había juzgado sus relaciones con la señorita Eloísa Bristout completamente incompatibles con su actitud política. Mucho tiempo antes de su advenimiento al trono de la alcaldía, sus galanterías fueron rodeadas del más profundo misterio. Pero, como se comprenderá, Crevel había pagado el derecho á tomar la revancha del rapto de Josefa tan frecuentemente como quisiese, mediante una inscripción de seis mil francos de renta á nombre de Valeria Fortin, esposa separada en bienes del señor Marneffe. Valeria, dotada tal vez por su madre del genio particular de la mujer de vida alegre, adivinó al primer golpe de vista el carácter de aquel grotesco adorador. Las palabras: «Jamás he poseído á una mujer de mundo», dichas por Crevel á Isabel y repetidas por ésta á su querida Valeria, habían sido cobradas con usura en la transacción á que debió ella sus seis mil francos de renta al cinco por ciento. Después, Valeria procuró no perder su prestigio á los ojos del antiguo viajante de César Birotteau.

Crevel había hecho un matrimonio por interés casándose con la hija única de un molinero de la Brie, cuyas herencias formaban las tres cuartas partes de su fortuna, pues la mayor parte de las veces los vendedores al por menor se enriquecen, mas bien que con los negocios, con la alianza de la tienda y de la economía rural. Gran número de cortijeros, de molineros, de ganaderos y de labradores de las cercanías de París sueñan con las glorias del mostrador para sus hijas y ven en un tendero, en un joyero ó en un cambista, un yerno con más satisfacción que si fuese notario ó procurador, cuya elevación social les inquieta, pues temen ser despreciados después por estas eminencias burguesas. La señora Crevel, mujer bastante fea, muy vulgar y muy tonta, y que murió

con oportunidad, no había procurado á su marido más placeres que los de la paternidad. Ahora bien, al principio de su carrera comercial este libertino, encadenado por los deberes de su profesión y contenido por la indigencia, había desempeñado el papel de Tántalo. En relación, según él, con las mujeres más distinguidas de París, las acompañaba hasta la puerta con saludos de tendero, admirando su gracia, su manera de llevar las modas y todos los efectos anónimos de lo que se llama *la raza*. Elevarse hasta una de aquellas hadas de salón era un deseo concebido desde su juventud y comprimido en su corazón. *Obtener los favores* de la señora Marneffe fué pues, para él, no sólo la realización de su quimera, sino además una cuestión de orgullo, de vanidad y de amor propio, como se ha visto. La ambición se acrecentó con el éxito, sintió enormes goces de cabeza, y cuando la cabeza está perdida el corazón se resiente y la dicha se decuplica. La señora Marneffe presentó por otra parte á Crevel refinamientos que él no sospechaba, pues ni Josefa ni Eloísa le habían amado, mientras que la señora Marneffe juzgó necesario engañar bien á aquel hombre, en quien veía una caja eterna. Los engaños del amor falso son más encantadores que la realidad. El amor verdadero implica disputas en que se hiere de veras, pero la querrela en broma es por el contrario una caricia hecha al amor propio del burlado. De esta suerte, la rareza de las entrevistas mantenía en estado de pasión el deseo de Crevel, que chocaba siempre contra la virtuosa dureza de Valeria, la cual fingía resistimientos y hablaba de lo que su padre podía pensar de ella en el paraíso de los valientes. El buen hombre tenía que vencer una especie de frialdad de la que la astuta comadrana le hacía creer que triunfaba: parecía ella ceder á la pasión loca de aquel burgués, pero recobraba como avergonzadora su orgullo de mujer decente y sus aires de virtud, enteramente lo mismo que una inglesa, y aplastaba siempre á Crevel con el peso de su dignidad; pues Crevel la había juzgado virtuosa desde el principio. En fin, Valeria poseía especialidades de ternura que hacían que fuese tan indispensable á Crevel como al barón. En presencia del mundo, ofrecía el encantador enlace del candor púdico y soñador, de decencia irreprochable y del ingenio realizado por la gentileza, por la gracia y por los modales de criolla; pero en conferencia íntima y familiar, excedía á las libertinas y

picaresca, entretenida y fértil en invenciones nuevas. Este contraste resulta agradabilísimo para los tipos como Crevel, que se sienten adulados creyendo ser los únicos autores de aquella comedia, de la cual se figuran disfrutar solos, y que se ríen de aquella deliciosa hipocresía admirando á la actriz. Valeria se había apropiado admirablemente al barón Hulot y le había obligado á envejecer mediante una de esas finas adulaciones que puede servir para dar una idea del espíritu diabólico de esta clase de mujeres. En las organizaciones privilegiadas llega un momento en que se declara al fin la verdadera situación, como una plaza sitiada que se resiste por mucho tiempo. Previendo la próxima disolución del guapo del Imperio, Valeria juzgó necesario precipitarla, y seis meses después de su casamiento clandestino y doblemente adulterino, le dijo:

—Viejo mío, ¿por qué te compones tanto? ¿tienes acaso pretensiones? ¿quieres por ventura serme infiel? A mí me gustarías más si no te atildases tanto. Hazme el sacrificio de tus gracias postizas. ¿Crees tú acaso que te amo yo por el betún de tus botas, por tu cinturón de caucho, por tu chaleco de fuerza ó por tu tupé postizo? Además, que cuanto más viejo seas menos temor tendré de que una rival me arrebatase á mi Hulot.

Creyendo en la amistad divina tanto como en el amor de la señora Marneffe, con la cual contaba acabar sus días el consejero de Estado, había seguido este consejo privado pensando de teñirse las patillas y el cabello. Después de haber recibido de Valeria esta conmovedora declaración, el grande y hermoso Héctor se presentó un día completamente canoso. La señora Marneffe le probó fácilmente á su querido Héctor que había visto cien veces la línea blanca formada por el crecimiento de los cabellos.

—Los cabellos blancos sientan admirablemente á su cara —dijo ella al verle;— la suavizan. Está usted mucho mejor, está encantador.

En fin, el barón, una vez lanzado por esta senda se quitó el chaleco de piel y el corsé y se desembarazó de todas sus verrugas. El vientre entonces cayó y la obesidad se hizo patente. El noble se convirtió en una torre y la pesadez de los movimientos fué tanto más espantosa cuanto que el barón ejerció prodigiosamente desempeñando el papel de Luis XII. Sus cejas siguieron siendo negras y recordaron vagamente

al guapo Hulot, del mismo modo que en algunos restos de ruinas feudales se conserva un ligero detalle de escultura para hacer ver lo que fué el castillo en sus buenos tiempos. Esta discordancia tornaba la mirada, animada y joven aun, tanto más extraña en su cara morena, cuanto que allí donde por mucho tiempo florecieron tonos de carne á lo Rubens se veían, por ciertas ajaduras y por el profundo surco de las arrugas, los esfuerzos de una pasión en pugna con la naturaleza. Hulot fué entonces una de esas hermosas ruinas humanas en las que la virilidad se nota en esos mechones de pelo en los oídos, en la nariz y en los dedos, produciendo el efecto de los musgos que brotan en los monumentos casi eternos del mundo romano.

¿Cómo había podido Valeria mantener á Crevel y á Hulot á un mismo tiempo en su casa, cuando el vengativo jefe de batallón deseaba triunfar ruidosamente de Hulot? Sin responder inmediatamente á esta pregunta, que ya será contestada en el transcurso de este drama, hemos de advertir aquí que Isabel y Valeria habían inventado entre las dos una prodigiosa máquina cuyo poderoso juego contribuía á este resultado. Marneffe, al ver á su mujer embellecida por el medio ambiente que ocupaba, como el sol de un sistema sideral, parecía á los ojos del mundo haber sentido encenderse su pasión y se sintió loco de amor por su mujer. Si estos celos convertían al señor Marneffe en un gran estorbo, daban en cambio un valor extraordinario á los favores de Valeria. Marneffe daba sin embargo muestras de gran confianza en su director, confianza que degeneraba en una bondad casi ridícula. El solo personaje que le irritaba era precisamente Crevel.

Marneffe, destruido por esos excesos propios de las grandes capitales, excesos que fueron descritos por los poetas romanos y para los que nuestro pudor moderno no tiene nombre, se había vuelto horrible como una figura anatómica de cera. Pero aquella enfermedad ambulante vestida de hermoso paño, balanceaba sus piernas como espátulas en un elegante pantalón. Aquel pecho descarnado se perfumaba con blancas ropas, y el almizcle ocultaba los fétidos olores de la podredumbre humana. Aquella fealdad del vicio expirante pero lleno de afeites y de lujo, pues Valeria había puesto á Marneffe en armonía con su fortuna, con su cruz y con su destino, asustaba á Crevel, el cual no sostenía fácilmente la mirada de los blancos ojos del subjeefe. Mar-

neffe era la pesadilla del alcalde. Al notar el singular poder que Isabel y su mujer le habían conferido, este malvado pillo se divertía con él y lo manejaba como un instrumento, y, siendo las cartas el último recurso de aquella alma tan gastada como el cuerpo, desplumaba á Crevel, que se creía obligado á ser complaciente con el respetable funcionario *¡á quien engañaba!*

Al ver á Crevel tan niño ante aquella horrible é infame momia cuya corrupción era para el alcalde un secreto, y al verle sobre todo tan profundamente despreciado por Valeria, que se reía de Crevel como se ríe uno de un bufón, el barón se creía tan al abrigo de toda rivalidad, que le convidaba constantemente á comer.

Valeria, protegida por estas dos pasiones alerta y por un marido celoso, atraía todas las miradas y excitaba todos los deseos en el círculo en que reinaba. Así es que, guardando las apariencias había llegado en tres años á realizar las condiciones más difíciles del éxito que buscan las libertinas y que tan rara vez realizan ayudadas por el escándalo, por su audacia y por el brillo de su vida pública. Como un diamante bien tallado que hubiera sido montado por Chanor admirablemente, la belleza de Valeria, escondida poco antes en la mina de la calle de Doyenné, valía más de lo que debía y hacía desgraciados á muchos... ¡Claudio Vignon amaba á Valeria en secreto!

Esta explicación retrospectiva, bastante necesaria cuando se vuelve á ver á la gente al cabo de tres años transcurridos, viene á ser el balance de Valeria. He aquí ahora el de su asociada Isabel.

CAPÍTULO XVI

Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Fischer

La prima Bel ocupaba en la casa Marneffe la posición de una parienta que hubiera acumulado en sí las funciones de dama de compañía y camarera; pero ignoraba las dobles humillaciones que afligen la mayor parte del tiempo á las criaturas que tienen la desgracia de tener que aceptar estas posiciones ambiguas. Isabel y Valeria ofrecían el espectáculo

comovedor de una de esas amistades tan vivas y tan poco probables entre mujeres, que las parisienses, que son siempre demasiado ocurrentes, las calumnian en seguida. Aquel contraste de la naturaleza seca y varonil de la lorenese con la hermosa naturaleza fina de Valeria, sirvió de pasto á la calumnia. Por lo demás, la señora Marneffe había dado apariencias de verdad, sin saberlo, á la chismografía, con los cuidados que tributó á su amiga, llevada de un interés matrimonial que había de hacer completa la venganza de Isabel, según se va á ver en seguida. En el modo de ser de la prima Bel se había operado una inmensa revolución, pues Valeria, que quería vestirla, había sacado de esto un gran partido. Aquella singular muchacha, sometida ahora al corsé, gastaba perfumes para peinarse sus lisos cabellos, aceptaba sus vestidos tal como se los entregaba la costurera, llevaba borceguíes escogidos y medias de seda grises, todo ello incluido en las facturas de Valeria y pagado como es consiguiente por Hulot. Transformada de este modo, siempre con cachemira amarilla, Bel no hubiese sido conocida por los que la habían visto tres años antes. Este otro diamante negro, que es el diamante más raro, tallado por una mano hábil y convenientemente montado, era apreciado en todo su valor por algunos empleados ambiciosos. El que veía á Bel por primera vez, se estremecía involuntariamente al notar la agreste poesía que la hábil Valeria había sabido poner de relieve cultivando con adornos á aquella monja y sabiendo coronar con arte, mediante espesas bandas de pelo, aquella cara seca y verdosa en la que brillaban unos ojos de un color negro semejante al de los cabellos. Bel, al igual que una virgen de Cranach y de Van Dyck, como una virgen bizantina, salidas de sus marcos, conservaba la rigidez y la corrección de aquellas caras misteriosas, primas hermanas de Isis y de las imágenes puestas en las repisas por los escultores egipcios. Aquello era una especie de granito, de basalto ó pórfido que andaba. Libre de la miseria para el resto de su vida, Bel tenía muy buen humor y llevaba la alegría á todas las casas á donde iba á comer. Por otra parte, el barón pagaba el alquiler del cuartito, amueblado, como es sabido, con los desechos del tocador y del cuarto de su amiga Valeria. La solterona solía decir: «Después de haber empezado una vida como una cabra hambrienta, la acabo como una leona.» Continuaba confeccionando las obras más difíciles de la pasamanería para el señor Rivet,

pero, según ella, lo hacía para no perder el tiempo. Y sin embargo, como se va á ver, su vida estaba ocupadísima; pero en el alma de las gentes llegadas del campo está grabada siempre la idea de no abandonar nunca el *modus vivendi*, semejándose en esto á los judíos.

Todas las mañanas, la prima Bel iba en persona al mercado con la cocinera. En el plan de Bel, el libro de gastos que arruinaba á Hulot tenía que enriquecer á su querida Valeria, y la enriquecía en efecto.

¿Cuál es la dueña de casa que desde 1838 no ha experimentado los funestos resultados de las doctrinas antisociales extendidas entre las clases inferiores por escritores incendiarios? En todas las casas la plaga de los criados es hoy la mayor de las plagas financieras. Con muy raras excepciones que merecerían hoy premio, los cocineros son ladrones domésticos, ladrones descarados, de los cuales se ha hecho encubridor el gobierno desarrollando la inclinación al robo, autorizado casi á las cocineras con la antigua broma acerca de la *sisa*. En las casas en que estas mujeres buscaban antes dos francos para un billete de lotería, toman hoy cincuenta francos para la caja de ahorros. ¡Y los fríos puritanos que se entretienen en hacer en Francia experiencias filantrópicas creen haber moralizado al pueblo! Entre la mesa de los amos y el mercado, los criados han establecido su impuesto secreto, y la villa de París no es tan hábil para percibir sus derechos de consumos como lo son ellos para sacar los suyos de todo. Además del cincuenta por ciento con que gravan las provisiones de boca, exigen grandes aguinaldos á los comerciantes. Los tenderos de más talla tiemblan ante este poder oculto, y todos sin distinción lo subvencionan: cocheros, joyeros, sastres, etc. Al que intenta vigilar á sus criados éstos le contestan con insolencias ó con las costosas tonterías de una fingida torpeza, y hoy toman ellos informes de los amos como antes los amos los tomaban de ellos. El mal, que ha llegado ya al colmo y contra el que los tribunales empiezan, aunque en vano, á proceder, no puede desaparecer á no ser mediante una ley que obligue á los criados á la cartilla del obrero. Entonces el mal cesaría como por encanto. Todo criado estaría obligado á presentar su cartilla y los amos á consignar en ella la causa de la expulsión, y así es indudable que la desmoralización encontraría un gran freno. Las gentes que se ocupan de elevada política de actualidad, ignoran

hasta dónde llega la depravación de las clases inferiores en París y no saben que iguala á la envidia que los devora. La estadística no consigna el sinnúmero de obreros de veinte años que se casan con cocineras de cuarenta y cinco años, enriquecidas con el robo. Se tiembla al pensar en las consecuencias de semejantes uniones, desde el triple punto de vista de la criminalidad, de la degradación de la raza y de los malos matrimonios. Respecto al daño puramente financiero producido por los robos domésticos, es enorme desde el punto de vista político. La vida, encarecida así el doble, prohíbe lo superfluo en muchos hogares. ¡Lo superfluo!... es la mitad del comercio de los Estados, como es la elegancia de la vida. Para muchas gentes, los libros y las flores son tan necesarios como el pan.

Isabel, que conocía esta importante plaga de las casas de París, pensaba dirigir el hogar de Valeria al prometerle su apoyo en la terrible escena en que ambas se habían jurado ser dos hermanas, así es que había hecho venir del interior de los Vosgos á una parienta por parte de madre, antigua cocinera del obispo de Nancy, solterona piadosa y de gran probidad. Sin embargo, temiendo su inexperiencia en París y sobre todo los malos consejos que pervierten al criado leal, Isabel acompañaba á Maturina al mercado y procuraba acostumarla á saber comprar. Conocer el verdadero precio de las cosas para que el vendedor no abuse, comer platos sin actualidad, como el pescado, por ejemplo, cuando no son caros, estar al corriente acerca del valor de los comestibles y presentir el alza para comprar en baja, ese espíritu de dueña de casa es, en París, lo más necesario para la economía doméstica. Como Maturina percibía buena soldada y gran número de regalos, tenía bastante apego á la casa para sentir satisfacción con las compras baratas, de modo que hacía ya algún tiempo que competía con Isabel, la cual la creía ya bastante instruída para no ir al mercado más que los días en que Valeria tenía gente, lo cual ocurría con bastante frecuencia. He aquí por qué. El barón había empezado por guardar el más estricto decoro: pero su pasión por la señora Marneffe se había vuelto en poco tiempo tan viva y tan ávida, que deseó dejarla lo menos posible. Después de haber comido allí cuatro veces á la semana, le pareció encantador hacerlo todos los días. Seis meses después del matrimonio de su hija, dió dos mil francos mensuales á título de

pensión. La señora Marneffe invitaba á las personas cuyo trato gustaba á su querido barón y, por otra parte, como que se hacía siempre comida para seis, el barón podía llevar otras personas de improviso, siempre que él lo deseara. Isabel resolvió con su economía el problema extraordinario de sostener espléndidamente aquella mesa mediante la suma de mil francos y dar mil francos al mes á la señora Marneffe. Como que el tocado de Valeria era pagado espléndidamente por Crevel y por Hulot, las dos amigas sacaban aún otros mil francos al mes de estos gastos. De esta suerte, aquella mujer tan pura y tan cándida poseía entonces unos ciento cincuenta mil francos de economías, pues había acumulado sus rentas y sus beneficios mensuales capitalizándolos y aumentándolos con enormes ganancias debidas á la generosidad con que Crevel hacía participar al capital de su *duquesita* de la buena suerte de sus operaciones financieras. Crevel había iniciado á Valeria en la jerga y en las especulaciones de Bolsa, y, como todas las parisienses, al poco tiempo sabía más que su maestra Isabel, que no gastaba un céntimo de sus mil doscientos francos, y cuyo alquiler y demás gastos estaban pagados, poseyendo también un capitalito de cinco á seis mil francos que Crevel le manejaba paternalmente.

Esto no obstante, el amor del barón y el de Crevel eran una ruda carga para Valeria. El día en que se reanudó el relato de este drama promovido por uno de esos acontecimientos que hacen en la vida el oficio de la campana que convoca á las desgracias, Valeria había subido á casa de Isabel para entregarse á aquellas buenas elegías con que las mujeres procuran suavizar y hacer más soportables los mil contratiempos de la vida.

—Isabel, amor mío, esta mañana tener que distraer á Crevel dos horas, es bien aplastante. ¡Oh! ¡de qué buena gana te enviaría en mi lugar.

—Desgraciadamente, eso no puede ser—dijo Isabel sonriendo.—Yo moriré virgen.

—¡Tener que entregarme á dos ancianos! ¡Hay momentos en que me avergüenzo de mí misma! ¡Ah! ¡si mi pobre madre me viese!

—Tú me tomas por Crevel—respondió Isabel.

—Dime que no me desprecias, mi querida Bel.

—¡Ah! ¡si yo hubiese sido bonita, cuántas aventuras hubiera tenido!—exclamó Isabel.—Ya estás justificada.

—Pero tú sólo hubieras escuchado á tu corazón — dijo la señora Marneffe suspirando.

—¡Bah!—respondió Isabel.—Marneffe es un muerto á quien se han olvidado enterrar, el barón es algo así como tu marido y Crevel es tu adorador; yo te veo perfectamente en regla.

—Querida mía, no es de ahí de donde proviene mi dolor; tú no quieres entenderme.

—¡Oh! sí—exclamó la lorenese,—lo que tú dices que no entiendo, forma la segunda parte de mi venganza. ¿Qué quieres?... ya trabajo para ello.

—¡Amar á Wenceslao con locura, y no lograr siquiera verle!—dijo retorciéndose los brazos.—Hulot le propone que venga á comer á casa y el artista se niega. ¡Ese monstruo de hombre no sabe que es idolatrado! ¿Qué es su mujer? un buen bocado, sí, es hermosa; pero yo lo comprendo, no valgo lo que ella.

—No tengas cuidado, hijita mía, ya vendrá—le dijo Isabel con el tono con que hablan las nodrizas á los niños que se impacientan.—Yo lo quiero, y vendrá...

—¿Pero cuándo?

—Tal vez esta semana.

—Déjame abrazarte.

Como se ve, aquellas dos mujeres eran una sola persona; todos los actos de Valeria, hasta los más torpes, sus placeres, sus enfados, se decidían después de maduras deliberaciones entre ellas.

Isabel, extraordinariamente cambiada en medio de aquella vida, aconsejaba á Valeria en todo y proseguía el curso de sus venganzas con implacable lógica. Por otra parte, adoraba á Valeria, á la que había convertido en su hija, en su amiga, en su amor: hallaba en ella la obediencia de las criollas y la molicie de la voluptuosa. La solterona hablaba con ella todas las mañanas con más placer que con Wenceslao. Ambas podían reirse de sus comunes malicias y de la estupidez de los hombres y recontar juntas los crecientes intereses de sus respectivos tesoros. Isabel había encontrado, además, en su empresa y en su nueva amistad pasto para su actividad en mucha mayor abundancia que en su insensato amor por Wenceslao. Los goces del odio satisfecho son los más ardientes y los más fuertes. El amor es, en cierto modo, el oro, y el odio el hierro de esa mina de sentimientos que existe en

nosotros. En fin, Valeria ofrecía á Isabel esa belleza que ella adoraba como se adora todo lo que no se posee, belleza más manejable que la de Wenceslao, que había sido siempre para ella frío é insensible.

Al cabo de tres años escasos, Isabel empezaba á ver los progresos del trabajo de zapa subterráneo en que consumía su vida y empleaba su inteligencia. Isabel pensaba, y la señora Marneffe obraba. La señora Marneffe era el hacha, é Isabel era la mano que la manejaba, y la mano demolía á aquella familia que cada vez le era más odiosa, pues se odia cada vez más, como se ama cada día más cuando se ama. El amor y el odio son sentimientos que se alimentan por sí mismos; pero, de los dos, el odio tiene vida más larga. El amor tiene por límite fuerzas limitadas, y saca su poder de la vida y de la prodigalidad; el odio se parece á la muerte, á la avaricia; es, en cierto modo, una abstracción activa de los seres y de las cosas. Isabel, entregada á la vida que le era propia, desplegaba en ella todas sus facultades y reinaba á la manera de los jesuitas, con poder oculto. Por eso era completa la regeneración de su persona. Su cara resplandecía. Isabel soñaba con ser la mariscalá Hulot.

Esta escena en que las dos amigas se decían crudamente sus menores pensamientos sin andarse en rodeos, tenía lugar precisamente al volver del mercado, adonde Isabel había ido para preparar los elementos de una buena comida. Marneffe, que codiciaba la plaza del señor Coquet, lo recibía con la virtuosa señora Coquet, y Valeria esperaba que Hulot tratase aquella misma noche de la dimisión del jefe de oficina. Isabel se vestía para ir á casa de la baronesa, donde comía aquel día.

—¿Volverás para servirnos el té, Bel mía?—le preguntó Valeria.

—Así lo espero.

—¿Cómo que lo esperas? ¿has llegado acaso á acostarte con Adelina para beber sus lágrimas mientras duerme?

—¡Si eso fuese posible, no diría que no!—respondió Isabel riéndose.—Ella expía ahora su dicha, y yo, que soy feliz, recuerdo mi infancia. A cada uno lo suyo. Ella se verá sumida en el lodo, y yo, ¡yo seré condesa de Forzheim!...